

ALGUNAS NOTICIAS SOBRE LA DE SU ANTIGÜEDAD

De todos los médicos citados en la relación del libro veintidós, tal vez sea el nombre de Carrero el que más suena y gracias a la generosidad de su yerno y pariente mío, don Angel González Roperó, podremos relacionar el nombre con la fisonomía.

Por el retrato se ve que era hombre atildado, poquita persona, con el deseo de suficiencia de los pequeños, que quieren demostrar su plenitud en todo momento y probar que no son menos.

No lleva levita, es que las solapas de las chaquetas de vestir solían llevar de raso negro las vueltas de las solapas, pero no debió desdeñar la levita ni en ocasiones el sombrero de copa, que le harían otro tanto.

Son muy del tiempo la cadena de oro con el mosquetón atravesado para no perderla y el lazo hecho abrochado detrás de la pajarita y siempre perfecto, como flor artificial, colocado frente al espejo. El lazo o la chalina románticos, hechos a tientas y con toda soltura, se distinguían no por su perfección, que la tenían con arreglo a los modos de cada uno, sino por su caída y su sencillez y sobre todo por las irregularidades que le daban naturalidad.

La barba cuidada, a lo Manuel Alberca.

El llevar la cadena sujeta en el primer ojal del chaleco es signo de presunción, para que se le vea sobresalir de la cazadora correctamente abrochada como era usual.

El mismo cuidado que de su persona debía tener de su clientela, atendida con celo, pero en pequeño, con ganas de ser y sintiendo su función al estilo de Pesetilla.

Cuando decidió irse a Madrid por las razones que ya se dieron en el referido fascículo 22, se quiso perfeccionar, cosa significativa, y la elección de especialidad tenía que ser de acuerdo con sus cualidades y sus indisimulables limitaciones: se dedicó a ojos, que era lo más simple con arreglo a los conocimientos de la época. Y en verdad que

